

Rojas, que se mantiene bajo llave en manos del señor Boulton, sin que a esas arcas tenga acceso persona viva fuera de él mismo».

Felizmente esos documentos, de que habla el historiador de la Federación en Venezuela, no aparecerán nunca, y aunque se encontraran y publicaran en nada amenguarían, vive Dios! la gloria del héroe de San Mateo, porque esta gloria es un tesoro de toda la América hispana, tan profundamente arraigada en el pecho de todo colombiano que, contra ella, nada podrá prevalecer jamás, y menos unos simples borradores de Muñoz Tébar. Y, además, porque, según lo dijo admirablemente un grande escritor contemporáneo, la labor de los historiadores que buscan documentos nuevos es casi siempre inútil, como es inútil, en lo general, la de los sabios que sorprenden los secretos de la naturaleza, ya que esas verdades científicas, esto es, documentadas y experimentales, que ejercen sobre los estudiosos un poder soberano, no tienen imperio alguno sobre las masas del pueblo.

«El sistema de Copérnico y de Galileo —continúa el escritor— es absolutamente inconciliable con la física cristiana, y, sin embargo, vemos que ha penetrado en todo el mundo, hasta en las escuelas primarias, sin modificar, en lo más mínimo, los conceptos teológicos que debía destruir del todo. Las ideas de Laplace sobre la formación del mundo hacen aparecer la antigua cosmogonía judeo-cristiana tan pueril como un cuadro con reloj fabricado en Suiza, y, sin embargo, las teorías de Laplace se exponen claramente desde hace un siglo, sin que los cuentos judíos y caldeos sobre el origen del mundo, que se encuentran en los libros sagrados de los cristianos, hayan perdido nada de su crédito entre los hombres. La ciencia nunca ha perjudicado a la religión ni a la historia, y se puede demostrar el absurdo de una práctica piadosa o el absurdo de una leyenda patriótica sin disminuir el número infinito de los que creen en ellas. Las verdades documentales, científicas, acordes con la razón, no son simpáticas al vulgo. Los pueblos han vivido y viven de mitología. Sacan de las fábulas todas las nociones útiles que necesitan para vivir. No es mucho lo que necesitan, y algunas sencillas mentiras bastan para dorar millones de existencias. La verdad no encuentra buena acogida entre los hombres, y sería una desgracia que la encontrase, ya que es tan contraria a su genio como a sus intereses».

Tan cierto es lo que acabamos de oír de este armonioso oráculo, que una de las más vivas impresiones de mi vida de estudiante es la que sentí una noche, hace ya tiempo, en el aula máxima de uno de los más ilustres colegios de Bogotá. Se recibía de Doctor un querido amigo y conterráneo; presidía la sesión solemne el Rector del Instituto, varón doctísimo y concurría al acto la flor y nata de la intelectualidad bogotana: sabios en ciencias naturales y matemáticas, académicos, profesores, generales. Ya para concluir el examen reglamentario tocó, incidentalmente, el interrogatorio del Rector

la cuestión de los orígenes del mundo y de la especie humana, y fué de verse entonces el brío y garbo con que el nuevo Licenciado refirió, minuciosamente, todo lo que en el Génesis se contiene del paraíso terrenal y de sus primeros moradores, nuestros padres Adán y Eva. Al terminar el examinado su exposición, el Rector hizo un gesto que claramente quería decir: muy bien! lo que fué como una señal para que estallaran, en toda el aula, estruendosos aplausos. Un humilde estudiante, recién llegado de su provincia, que en un rincón de la sala asistía a aquella solemnidad, se contagió de la admiración general, y sin haber oído aún el oráculo contemporáneo, pensó, cuerdamente, que él era el único ignorante y desorientado en aquel doctoral concurso, y que los tales Larmark y Laplace no existían sino en su descuadernado texto de física y en su imaginación de incorregible lector de libros prohibidos...

En estos mismos días ha visitado a París el prodigioso alemán Einstein, «el más poderoso cerebro que haya existido jamás»: el sabio, aún joven, que, con sus teorías de la relatividad, «ha hecho tambalear el edificio de la ciencia clásica», y este hombre maravilloso se presentó al libre Colegio de Francia, donde enseñaron Claudio Bernard y Renán, a exponer sus ideas y a discutir las con renombrados sabios: Painlevé, Appell, Rector de la Universidad de París; Nordmann, Director del Observatorio Astronómico; Sir Thomas Barclay; el profesor Strisower, de Viena; Emile Borel, del Instituto; H. Lichtemberger; Croiset, insigne helenista, y Langevin, Director el primero, y profesor de Física el segundo, del Colegio de Francia, y todos reconocieron la resistencia de la construcción científica del mundo, ideada por Einstein, y comprobaron que ella marca una etapa en la historia del espíritu humano.

Pero ¿cuándo las ideas einsteinianas se impondrán a la humanidad y penetrarán hasta las más densas capas sociales? Tal vez, cuando la luz de las nebulosas espirálicas, entrevistas por los sabios, llegue a alumbrar la tierra...

¿Pero se encontrarán y publicarán algún día esos documentos, de que habla el doctor Alvarado, y que yacen en un archivo de familia, en Caracas? Quien sabe! Sólo entonces el señor Mutis Durán, desde ultratumba, podría ver aclaradas las deficiencias e injusticias del boletín de Muñoz Tébar; sólo así el señor Orjuela, desde Zipaquirá, podría explicarse esa frase del mismo boletín que tanto lo fastidia y encoleriza, ese «movimiento oportuno de la línea del centro a derecha e izquierda». Por mi parte, mis votos de colombiano y soñador, amante de las glorias patrias y apasionado por todas las cosas bellas del mundo, son que no aparezcan jamás esos documentos, y menos que se publiquen, ni aun para los doctos.

—
Cuando en ese inefable diálogo de Platón, que se prolonga durante un día de verano, los dos amigos, recostados sobre la blanda

hierba, a la sombra de un plátano, con los pies en las ondas del Iliso, bajo el puro cielo del Atica, al arrullo de las cigarras, amantes de las Musas, y mientras las Ninfas, hijas del Aquelóo, escuchan, con maravillado oído, las palabras de aquél que poseyó a la vez el amor de la ciencia y la ciencia del amor; cuando en ese diálogo divino, el joven Fedro, tan querido de Sócrates, y tan engolosinado de sus pláticas, invita al maestro venerado a reposar cerca del sitio donde Bóreas arrebató a la bella Oricia, y con encantadora e ingenua curiosidad le pregunta si él cree en el rapto de la Ninfa, Sócrates responde que podría negarlo, explicando el suceso, pero que eso le obligaría a hacer un gran esfuerzo intelectual, que para él no tiene atractivo alguno, ya que en ese punto, le es más fácil y placentero seguir creyendo lo que creen los demás.

¡Qué lección tan digna del más sabio y justo de los hombres, y cuán dulcemente impregnada de la simplicidad y grandeza antiguas!

El ensueño es la parte divina de la vida; él magnífica todo cuanto existe y conduce los espíritus a la conquista de lo maravilloso. El absurdo es una de las más gratas alegrías; es una mentira, lo sabemos, y queremos ser engañados. Por eso, antes que verlas y taparme los oídos como Ulises, preferiré siempre oír los cantos de las Sirenas, de verdes cabelleras, que se bañan en las ondas azules...

C. HISPANO

(Cromos, Bogotá).

¡Domingo!

PARA RAFAEL HELIODORO VALLE

Bello día de oro y luz era en mi infancia...
bello día de oro y luz es mi recuerdo!...
¡Oh ropas del domingo con fragancia
de raíces de violetas, bien olientes!

¡Domingo, día de misa! dulce rito
que cumplía el nieto al lado de la abuela;
recuerdo aquella alfombra con pastores;
[mito
de Cloe y Dafnis? Quizá no lo sabía!...

¡Misa de los domingos! Misa buena:
el sacerdote con su capa de oro,
orando ante los ramos de azucenas
que adornaban la Virgen para mayo.

Domingo, día de dicha y de limpieza;
en la amplia sala del hogar, amigos
que sonreían a los niños. Todo en esa
lejanía de las cosas que se fueron!...

El abuelo leía en la mecedora,
—el bastón retorcido en sus rodillas—,
y llegaba la turba bullidora
de los nietos, por *cinco* y por *dieces*...

¡Oh dulces de colores de cristales,
que vendía el confitero. Figuritas,
como en Hansel y Gretel, inmortales
en el país de la áurea fantasía!